

DESPERTÉ ARRASTRANDO RESTOS del mismo sueño, el de hace ratos: la idea de la vaca cruzando el ferrocarril entre comunidades de piedras filudas, donde los durmientes se veían descubiertos, lo mismo que poblados solitarios, lugares de esos donde si no se anda con cuidado es fácil tropezar. “A la vaca también se le dificultan esos terrenos”, pensé, iba cargada, un trabajo así es para las mulas. El cuerpo que llevaba sobre el lomo huesudo era parecido al de Gabriel. La empecé a soñar en el momento que se paró frente al ferrocarril formando con su lastimoso cuerpo cargado una larga T de rieles y durmientes. Pensaba que al cruzar podría resbalarse el cuerpo, y aunque no era de su agrado no quiso dejarlo caer.



## II

SEGUÍA SIENDO ABRIL. Gabriel sacudió la hamaca, no se dio cuenta de que ya estaba despierto. “Hay que alistar al animal”, ordenó. Mi padre todavía dormía, en su ausencia imaginé a mamá sentada en la silla desvencijada frente al patio lleno de charcos. La misma rutina repitiéndose como el río: del otro lado del patio había que buscar la cuerda, caminar entre el estiércol del corral y alistar a la vaca. El animal dejaba que la amarrara sin mover la cabeza, entonces todavía con la pesadez de los ojos y el atontamiento del sueño que desaparece lento, uno se daba cuenta que la cuerda era vieja.

Salí al corredor. Las cuatro columnas todavía estaban rodeadas de frío, la silla de mamá vacía y la vaca mirándome con sus enormes ojos fijos desde el centro del patio. “Pinche vaca –dijo Gabriel bajo el larguero de la puerta–, está parada allí desde anoche, parece esperar algo. Hay que alistarla ligerito”, ordenó de nuevo.

Mientras alistaba a la vaca, mis hermanos esperaron en medio de la calle, luego los tres nos fuimos

con varas de bejuco limpiando la noche del camino, varas de esas que utilizaba mi padre para castigar nuestros errores, los de Crisanto y con más coraje los míos. Llegamos a la calle ancha y enterrada que cruza la aldea hasta llegar al ferrocarril. Adelante iba Gabriel, Crisanto no se distanciaba mucho, los oí hablar cuando pasamos frente a la iglesia, yo iba trazando tres líneas de huellas distintas: la de la vara, las mías y las de la vaca.

—Nos vamos a bañar —estando fuera de la aldea, todavía un poco oscuro, ordenó Gabriel con la mirada sobre todo lo largo del ferrocarril.

—Luego iremos a dejarla a un lugar para que paste todo el día, si quiere —nos dijo Crisanto a la vaca y a mí mirándonos con toda la abertura de sus ojos, como si hubiera querido tranquilizarnos.

Para llegar a la poza había que caminar lo de tres carreras que aguanta un caballo sobre los bultos y lagunas de piedras que se forman a la par de los rieles. Mil doscientos durmientes conté tres veces seguidas, es lo que aguanta una bestia ensillada. El tren pasa muy de vez en cuando, esa vez mis hermanos y yo nos bañábamos de madrugada en el río.

“Bañarse en las pozas de madrugada es una barbaridad. Dicen que cerca de esa poza una mujer llega a lavarse el pelo. El que la ve está perdido.”

Había leído en los mensajes formados por letras redondas, una escritura adornada que a veces costaba leer, una manera de escribir dada con escasez en estos lugares. A mí esas pequeñas notas a veces me daban pelea, me ponían a pensar, a creer en una cosa luego en otra. A Gabriel le gustaba lanzarse por

un bejuco hasta el centro de la poza, a mí me daba miedo hacerlo a oscuras, nunca dejé de pensar en la mujer.

Amarré a la vaca con la luna casi desaparecida, ellos ya estaban desnudos dentro de la poza.

—Que se tire por el bejuco —gritó Gabriel desde algún lado.

—No le gusta, le da miedo —dijo Crisanto.

Llegué a la orilla, me deslicé dentro del agua fría, así estuvimos hasta que por las pequeñas ventanas que forman los árboles asomaron pedacitos del día.

Crisanto tiritaba sentado sobre una pequeña piedra.

—Mejor nos vamos, ya ve que la tierra está temblando como si fuera a entrar el invierno.

—No sea amujerado —gritó Gabriel.

Lo imaginé flotando en la oscuridad, sacando el puño.

—A mí no me ahueva con sus pendejadas —volvió a gritar.

Crisanto no contestó, cuando se ponía así le teníamos miedo. Yo estaba cerca de la orilla con los pies hundidos en el fango luchando por meter la cabeza entre el agua.

—Sigue temblando, mejor nos vamos.

—¡Gallina!, si quiere se va solo —esta vez gritó, lo escuché bajo el agua.

—No, mejor juntos.

Salí, y el temblor era de a de veras.

—No se espante —me dijo—, es el tren.

—¿Entonces? —me encogí de hombros.

—Es sólo para que este burro salga de una vez. Sentí frío, me senté a su lado.